



Fragmentos

*Novela, redacción de webs,
biografía, poesía, dramaturgia...*

Gemma Almagro

gemmaalmagro.com

info@gemmaalmagro.com

662490252



FRAGMENTO 1 - Novela corta por encargo, introducción - 2023

Esto que tienes en las manos no es una historia de amor. De hecho, esto que tienes en las manos no es una historia. Es más bien una prueba fehaciente de que, por muchos planes que hagamos en nuestro camino, hay algo más allá de lo racional que acaba decidiendo por nosotras. Solo tienes que mirar a tu alrededor para comprobar que esa señora independiente, dicharachera y a menudo incomprensible que llamamos Vida es mágica en un quinientos por cien. No me crees, ¿verdad? He conocido incluso personas que piensan que existen las casualidades: «¡qué casualidad!», «nos encontramos por casualidad», «¡casualmente, yo también conocía a esa persona de la que me hablas!». Si eso fuera así, si las casualidades existieran, esto que vas a leer sería prácticamente un milagro.

La vida es una especie de tela de araña a través de la cual todas estamos conectadas. Y algunas veces, con un poco de suerte, casualidad, causalidad o coincidencia suceden cosas tan increíbles como la que voy a narrarte.

Si te encontraras a las protagonistas de esta *no-historia* caminando por la calle te parecerían de lo más normal. Pero para que estas dos personitas tan entrañables hayan llegado a pasear de la mano han tenido que darse una serie de circunstancias tan exactamente medidas que, te prometo, podemos calificar de cualquier modo excepto con la palabra «normal». Echemos la vista atrás y comencemos desde el principio (...).

FRAGMENTO 2 - WEB - About me - Micropigmentación - 2022

Me llamo Zulema. Las calles de Madrid me han acogido con la delicadeza de una gran amiga y la ferocidad de un animal salvaje. He llegado a esta ciudad para trabajar como micropigmentadora, mi gran proyecto de vida además de mi profesión. El cielo de esta ciudad tiene unos colores más bellos de los que esperaba. El color, ese gran aliado en mi trabajo y en mi día a día... He dedicado diez años de mi vida al maquillaje permanente y cuando miro hacia arriba no puedo evitar recordar mis inicios artísticos, hace ya dos décadas. Porque, efectivamente, la morfopsicología es arte, tal y como lo son la poesía o el teatro.

Cuando comencé en el mundo de la caracterización cinematográfica poco imaginaba que mi trayectoria de vida tendría como eje principal mi profesión. Amo lo que hago. Disfruto profundamente cuando mis clientas se despiden de mí con una sonrisa en los labios y el corazón más alegre. Para mí todas ellas son algo más que parte de mi trabajo: cuando las veo entrar por la puerta conecto inmediatamente con su energía y con su alma. Ellas vienen a retocar su rostro pero yo las observo más adentro e intento descubrir qué necesitan para sentirse aún más hermosas. Diseño sus labios, sus cejas o sus ojos con la convicción de que cada persona es única y excepcional: no hay tendencia ni moda que pueda regir el interior de un ser humano.

El cielo de esta ciudad me mira desde arriba. Yo, mujer silenciosa, devoradora de libros, perfeccionista y melancólica, abro la puerta de mi estudio para recibirte con respeto, empatía y dedicación.

FRAGMENTO 3 - Novela policíaca por encargo - 2021

—¡No me toques los cojones, Alonso! ¡No me toques los cojones! —el comisario Ariello grita como si fuera un vikingo verdaderamente cabreado.

—Lo he decidido. No hay vuelta atrás —le responde Pablo en un tono más sosegado, pero con firmeza.

—¿Lo has decidido tú solito? ¿Es eso? O sea, ¿tienes los santos cojones de venir aquí y pedir un traslado, como si esto fuera una agencia de viajes! Pero, ¿qué coño te has creído? ¿Que aquí cada uno hace lo que le da la gana, o qué?

—Solo he venido a hacerte una solicitud. Necesito un cambio de aires. No puedo seguir viviendo en esta ciudad.

—A ver, Pablo —continúa el comisario, algo más tranquilo, mientras se enciende un cigarrillo y se remueve en su vieja y enorme silla. Ambos hombres se conocen desde hace tantos años que a menudo su franqueza al hablarse podría asustar a un testigo inadvertido—. ¿No te das cuenta de que han pasado solo seis meses? ¿No ves que no tienes la culpa de nada, por mucho que la vieja de tu suegra te quiera hacer pensar lo contrario?

—No es eso, Carlos. Y no la llames vieja. Sencillamente, necesito estar lejos. Me vendrá muy bien un cambio de aires. Aquí ya no puedo pasar un día más.

—¡O sea, que huyes! —le mira fijamente a los ojos mientras golpea el cigarrillo con su dedo índice sobre el cenicero. Resulta increíble la velocidad a la que ese hombre es capaz de acabar con un cigarro.

—No estoy huyendo, Carlos —responde Pablo, dejándose caer él también sobre la dura silla—. Te estoy pidiendo un respiro, tómatelo así. No me siento bien, no puedo continuar aquí más tiempo.

—¡Seis meses, Pablo! ¡Solo han pasado seis meses! —insiste el comisario inclinándose hacia adelante, acercando su cara a la de Pablo como si, con ese gesto, su amigo y compañero pudiera entenderle mejor.

—¡Seis meses desesperantes, Carlos! —Pablo también levanta la voz mientras Carlos recupera su postura y se agarra la cabeza con ambas manos, como si no entendiera nada—. Seis meses en los que no puedo pensar con claridad, en los que me están matando los recuerdos y la culpa —ahora se sincera, algo que no es muy común entre esos dos hombres.

—¡Pero no tienes la culpa de nada! —el comisario le mira fijamente a los ojos intentando convencerlo—. ¡No has hecho nada! ¡Nada! ¡Tu único delito es haber trabajado duro todos estos años, igual que Germán!

—Ya, pero no han asesinado a la mujer de Germán, sino a la mía... —murmura Pablo, mientras se genera entre ellos un silencio incómodo. Mira hacia el suelo, gesto que se está convirtiendo en habitual, un síntoma de desesperanza, como si delante de sus ojos solo viera un callejón sin salida. El comisario, por su parte, gira la cabeza y observa el paisaje por la ventana, los edificios altos y grises que envuelven la comisaría donde ambos llevan trabajando tantos años.

—¿Y has pensado dónde querrías ir? ¿Tienes alguna idea? —por fin se rompe el silencio.

—Quiero ir al norte, Carlos —responde Pablo con firmeza, levantando la cabeza y mirándole a los ojos. Nunca en toda su vida había estado tan seguro de dar una respuesta.

—¡Al norte! —vuelve a gritar el comisario abriendo mucho sus manos, como si no supiera comunicarse como el común de los mortales—. ¡Estás loco! ¿Qué se te ha perdido a ti en el norte?

—Maite amaba el norte—responde Pablo reprimiendo la emoción—. No sé por qué, pero tengo que ir allí. Necesito el traslado.

—Piénsalo bien, Pablo —por fin el comisario adopta un tono más sereno—. Tómate unos días, ve a casa, descansa, duerme un poco, habla con tus hijos. Y, si después sigues pensando que quieres un traslado al norte, ven a verme. ¿Qué te parece? —dice el comisario en tono conciliador, como si hubiera comprendido que no iba a conseguir nada gritando como un energúmeno.

Pablo asiente con la cabeza al tiempo que se levanta de la silla. El comisario se levanta también, se acerca y ambos se dan la mano. Carlos golpea la espalda de Pablo con la mano izquierda, se acerca a él y le da uno de esos abrazos masculinos que parecen más bien sacados de un combate de boxeo. Ambos hombres se aprecian, han vivido muchas cosas en casi treinta años de servicio en común. Laila, la mujer de Carlos, también era amiga de Maite. Ambos hombres saben lo duro que es perder a la compañera de vida. Se separan. Se miran. Ambos hombres saben perfectamente que ese traslado, tarde o temprano, será una realidad. La decisión está tomada.

FRAGMENTO 4 - Como un cuadro de Kandínsky - Novela propia - 2000

Se desnudaba así, por nada. Me miraba repentinamente y ya sabía que se había quedado desnuda. Se desnudaba por dentro y mostraba su desnudez hacia afuera. Y ese día se desnudó junto al puente. Sentada a mi lado me miró, y ya supe que se había quedado desnuda y que ya no se vestiría por dentro hasta perdonarme un poco. Se le cayó la ropa por dentro y me obligó a mirar su desnudez.

— No vayas a enfadarte, Paula. No he dicho nada, no seas boba.

Y ella, callada y desnuda, me castigaba en silencio. Por eso, por esa compulsión suya en el sexo y en la vida, por esa impulsividad, por eso, sabía que pronto acabaría su deseo por mí y que no duraría. Por eso precisamente, por esa dedicación absoluta con la que me devoraba y me recordaba que, a fin de cuentas, yo era tan solo un hombre, así me atrapaba atropellándome en cualquier lugar del mundo, físico o no, así se me entregaba exigiéndomelo todo, completamente dada a mí y al roce de mis manos que la

acariciaban con la ternura de quien sabe cómo se evapora el sol entre los dedos. Y así me despertaba por las noches, lamiéndome la vida como se lamen los párpados o las orejas, perfecta sabedora de la magia contenían sus manos y su lengua y cualquier parte de su cuerpo impregnado de esa belleza perruna que tan solo Paula tenía. Porque Paula era como un perro. Un perro azul incapaz de no crear belleza en lo más agrio, inconsciente absoluta de la otra parte del mundo en la que las cosas tienen un nombre y las caricias un límite. Desconocía absolutamente que la belleza también se aprende, y que el mundo había creado una especie de código para establecer la frontera entre el bien y el mal, entre lo lícito y lo prohibido. No había aprendido algunas de las reglas de este mundo porque, muy a menudo, parecía no vivir en él. Y por eso, porque era como un perro azul, la Paulita se me metía dentro, o al menos lo intentaba, me despertaba de repente con mi sexo en su boca, pero solo así, con mi sexo en su boca, como si no quisiese hacer nada más que tener mi sexo en su boca, y así íbamos sintiendo cómo despertaba dentro de ella, cuando sabíamos los dos que era ella quien se metía dentro de mi sexo por una serie de extrañas razones que ambos habíamos llegado a comprender, se me metía dentro este perro, y yo me abandonaba, confortablemente seguro de que nada se podía hacer cuando al andrógino le apetecía viajar. Entonces abría los ojos muy despacio y la encontraba allí, dentro de mí desde fuera, absorbiendo hasta el último instante de mi vida con tan absoluta dedicación que me asustaba. Y así, sin moverme, me dejaba arrastrar hasta el mundo Paula, una mezcla de locura y sinrazón, allí, tan arriba que casi podía tocar el techo.

FRAGMENTO 5 - La República de Guerrilla - Novela propia - Edicions 62, Grupo Planeta - 2006

Podría empezar contando esta historia de cualquier modo más original, pero la realidad es simple. Se me acaba de romper el coche, estoy en el culo del mundo, en una comarca de la que sólo sé que se llama La Selva, a setecientos kilómetros de mi ciudad y de noche. Si me partiera un rayo en dos me quedaría bien a gusto.

Ni si quiera sé cómo he llegado hasta aquí. Deben ser esos arrebatos femeninos que nos animan a hacer las mayores estupideces cuando se trata del amor. Después de haberme dejado aquel idiota sin más, después de que me denegaran la beca de investigación que

me haría encarrilarme en el maravilloso y fructífero mundo de la antropología, después de que mi casero me comunicase que me quedaban tres meses de alquiler puesto que tenía que dejarle el piso a su hija, después de encontrarme en un Madrid de cuarenta grados y asfalto gris, sola y con una depresión de caballo, después de todo eso sólo se me ocurre a mí coger el coche y liarme la manta a la cabeza intentando llegar ¿a dónde?. Ni siquiera he podido pasar la frontera francesa y ahora estoy de vuelta, en medio de la nada, perdida en una carretera entre las montañas y con mi cuadernito de campo en las manos. Tan idiota soy que debí pensar que me pasarían cosas viajando, como al resto de los mortales. Pero no, lo más que me puede pasar es que salga una culebra del arcén y me arranque media pierna. Quizás la pierna entera. ¡Necesito que alguien me saque de aquí!

Son las 2 de la mañana y por primera vez estoy utilizando cuaderno de campo, total, no tengo muchas más opciones. Por ahora no he visto ningún bicho extraño, salvo un camionero gordo y asqueroso que me ha increpado desde su vehículo y que ni siquiera se ha dignado a parar. Que le den por ahí. Me he metido dentro del coche porque ahí fuera está muy oscuro, tengo miedo y frío y hace una hora y media que espero que alguien del seguro me ayude a salir de aquí. No puedo decir que el ambiente sea tan feo. Estoy rodeada de montañitas y flores y un extraño olor a algo que no conozco me invade cuando abro la ventanilla del coche. Debe de ser el famoso olor de la naturaleza. Vete tú a saber. Lo único que quiero es una cama, despertarme mañana y volver a Madrid. Prometo portarme bien, prometo ser buena, prometo no volver a lanzarme a la aventura, prometo... ¡el de la grúa!

Son las tres y media de la mañana y acabo de aterrizar en una cama. El pueblo que más cerca estaba se llama Arbúcies –qué nombre tan raro- y el único hotel que he encontrado, “De Torres” o algo así. Esto me va a costar una pasta, porque es bien modernito, con ascensor, flores y buen trato. No parecen antipáticos por aquí, aunque espero salir pronto de este agujero en el mundo. Tanta montaña me va a poner cara de Heidi... ¡Quiero volver a la ciudad...! ¡Quiero despertarme en algún sitio...! Dios mío, que alguien me ayude...

Fragmento 6 - La teoría del plato de pienso - Biografía por encargo - 2018

Mi amigo y yo estábamos charlando en la puerta de la cocina. Él era un hombre con los ojos muy grandes pero aquel día me parecieron herméticos. Mi amigo tenía una amante y yo tenía un amante también. Me estaba contando que acababa de dejar a su amante porque la relación que tenían era meramente sexual y estaba empezando a sentirse vacío. Me decía que cada vez que se encontraba con ella sentía que le estaban poniendo en el suelo un plato de pienso y que, mientras él comía, no podía ver nada de lo que sucedía a su alrededor. Me pareció brillante. De repente me imaginé convertiré en perra, comiendo de mi plato de pienso caro, la mejor marca, con las orejas agachadas y la mirada centrada en masticar cada pedacito, cada pieza. Saborearlo en silencio como una buena perra, tragando despacio, trocito a trocito, lamiendo al final el recipiente con la lengua para volver a esperar que el amo o la vida volvieran a ponerme mi plato rebosante de alimento prensado. Eso sí, la mejor marca, el saco más caro. Y yo, masticando paciente, distraída, mientras el tiempo pasa y veo con el rabillo del ojo las botas de otros pasos a la altura de mi nariz, que va perdiendo el olfato. Como una peli de Yorgos Lanthimos o un anuncio de Royal Canin.

Acabábamos de inventar «La teoría del plato de pienso» (luego no existo).

FRAGMENTO 7 - El Pozo - Dramaturgia creación propia - 2019

Escenario oscuro. Se escucha una respiración entrecortada, excitada, fuerte. Una respiración asustada. Aproximadamente un minuto. La respiración cada vez es más intensa y nerviosa, de alguien que lo está pasando mal.

Escena “El perro”

A- Me he tirado! Me he tirado! Ay, que me he tirado! – *sin dejar de respirar de forma entre cortada y nerviosa. Las luces continúan apagadas.*

A- ¿Hay alguien ahí? —*Gritando hacia arriba. Eo, eoooo!!!! Ay, que me he tirado...!*

Hola!!! —*Gritando hacia arriba aunque el público no puede ver nada.*

A- Hay alguien ahí? —gritando, nerviosa—. Hola!!?? Joder que hostia me he dado.
Eooooooooo!!!

Se ilumina la escena. Es una luz en círculo desde el techo, imitación de una linterna que alumbra desde arriba. Vemos a la actriz mirando hacia arriba, con los ojos muy abiertos. Lleva una minifalda mal colocada, unas medias de red un poco rotas y un jersey que deja ver su hombro descubierto. Está manchada y sucia pero elegante. Cabe la posibilidad de que lleve botas y esté metida en un barreño de agua y barro. En los brazos lleva un perro de peluche muy real. Lo tiene abrazado muy fuerte, pegado a su cuerpo, junto al corazón. Tiembla. Respira muy fuerte mirando hacia arriba, está en estado de shock.

A- *Gritando.* Tere!!! Tere!!! Eres tú, Tere???! – casi llorando, muy nerviosa. Tere, me he tirado...!! Qué susto, Tere...! Sí, me he tirado adentro! No, no me he caído, Tere, me he tirado!

Habla con la persona que está arriba dando luz.

A- Sí, sí. Estoy bien, estoy bien! —nerviosa—. No, no me he roto nada, Tere, gracias, gracias por la luz! Qué? Sí, llama a los bomberos, Tere, por favor! Vaya hostia me he dado. Sí, sí, Tere! Llama a los bomberos, por dios, Tere, que hace mucho frío aquí dentro!

Mira al público, en silencio. Parece desvalida, con la ropa hecha girones y el perro de peluche en los brazos. Está muy nerviosa. Traga saliva. De vez en cuando mira hacia arriba.

A- *Con el perro muy bien agarrado, hablando hacia arriba.* Qué???. El perro!! El perro, sí, se ha caído, sí! Lo estaba buscando y no lo encontraba!! Eh? Sí, me he preocupado mucho y cuando me he metido entre la maleza he escuchado al perro aquí dentro! *Le cuesta oír, afina el oído.*

A- Sí, Tere, es obvio que me he tirado a por él, sino no estaría aquí abajo! Pues cómo va a ser?? Saltando, coño!! No, no, primero me he agarrado a un asa de hierro que hay arriba y luego me he tenido que soltar!

A- *Gritando para que la escuche.* Tere, por dios, avisa a los bomberos! Que no tienes cobertura? Pues vete un poco más hacia la carretera, Tere!! Que te vayas un poco más hacia la carretera!!

Se va apagando la luz de la linterna, se asusta.

A-No, no, Tere!!! No te vayas!! Espérate a ver si tienes más pero no me dejes a oscuras!! Cuántas rayitas tienes? Dónde va a ser?? En el móvil, Tere, en la pantalla!! Dos? Y no es suficiente?

A- Hacemos una cosa: deja la linterna apoyada en el borde y vete hacia la carretera! Hacia la carretera, Tere!!

A- *Gritando fuerte.* Sí!! Pero deja la linterna, que está muy oscuro aquí dentro! Gracias, gracias, Tere, cariño, gracias!!

Mirando hacia el público. Esperando, la luz se mantiene. Sigue nerviosa, tiritando, tiene frío. Mira al perro, le habla, le consuela.

A- Ya está, ya está, bonito... Tienes ansiedad, verdad? Ya estás a salvo, ya van a sacarnos.

A- *Al público.* Son como hijos, se les quiere como a hijos. Éste, precisamente éste, es como mi alter ego.

Sonríe orgullosa.

A- Dicen que los perros se parecen a sus dueños y éste se parece mucho a mí. No en el físico, claro. En la forma de ser. Es un angelito. Ves estas patillas cortas? Pues no veas como corre. Y ves lo enano que es? Pues es un *agrandao*. Se piensa que es un doberman. Como yo. Es un angelito...

A- A veces es un poco maniaco, como si tuviera un trauma de pequeño. Empezó mordiendo a las motos que pasaban por casa. Yo no sé qué le han hecho las motos al pobre angelito. Luego empezó ya a ir a por la gente que pasaba por la puerta. Claro, es territorial, como yo. Y luego ya fue a por todo lo que se mueve aunque selecciona, eh? Pobrecito...

A- Yo creo que siente las energías de las personas, de otra forma no se explica por qué a unos sí y a otros no... (*Pensativa*)

*FRAGMENTO 7 - POESÍA - CONFINAMIENTOS (del poemario
Patás Arriba, Editorial Autores.Club)*

He estado en confinamientos
peores.

Algunos dentro de mi cabeza
en pleno mes de agosto,
otros acorralada
en los brazos del olvido
o abocada a resistir
malquerida,
malparida,
malherida,
adulterada.

He estado en confinamientos
peores,
en guerras paralelas,
en batallas interiores
imposibles de ganar
porque la enemiga era
yo esposa,
yo hija,
yo hermana,
yo señora,
yo madre.

He estado en agujeros más
negros,
en pozos más profundos
donde ni siquiera me podía mover,

he sentido el barro en mis pies
y el fuego en mi cabeza.

He estado mil veces
a punto de caer,
de claudicar ante
el mal de vida,
el mal del cuerpo,
el mal del alma
el mal de amores.

Siempre en la cuerda floja,
siempre en el borde.

He estado en confinamientos
peores.